



B.U
1.893

H-A
8674

INDEPENDENCIA DE CUBA.

1821-1869.

PARALELOS.



NUEVA YORK,

Imprenta de HALLET & BREEN, Nos. 58 y 60 calle de Fulton.

1869.

Justo Zaragoza.

INDEPENDENCIA DE CUBA.

1821-1869.

PARALELOS.



NUEVA YORK,

Imprenta de HALLET & BREEN, Nos. 58 y 60 calle de Fulton.

1869.

© *Biblioteca Nacional de España*

INDEPENDENCIA DE CUBA.

En el año de 1821, Don Miguel Cabrera de Nevares escribió una Memoria,—que imprimió en Madrid Don José del Collado,—“sobre el estado de las Américas y medio de pacificarlas,” de orden del Excmo. Señor Don Ramon Lopez Pelegrin, Secretario de Estado y del Despacho de la Gobernacion de Ultramar, quien la presentó á S. M. y á las Córtes extraordinarias.

El obgeto que se propuso el autor fué “demostrar el *único* medio que podia adoptarse para conseguir la tranquilidad y promover el bien de América, sin olvidar las ventajas y la utilidad de España.”

Esa obra, *escrita con la sinceridad mas pura*, segun lo jura y protesta el autor, merece ser conocida; porque emanando de fuente nada sospechosa para los españoles, hará ver al mundo que donde quiera que estos dominaron, la rebelion de las colonias fué un hecho fatal, inevitable, efecto de las mismas causas, consecuencia necesaria de los propios errores, de los eternos desaciertos, del abominable sistema de gobierno con que la Madre Patria solo procuró satisfacer mezquinas y estrechas miras de injusta explotacion, sin cuidarse para nada de los derechos ni de la felicidad de los americanos, en cuyos pechos sembró profundamente el odio á la dominacion española, que ha ido trasmitiéndose de generacion en generacion como un precioso legado.

Bien sabemos que la época de las discusiones pasó ya, y que la cuestion cubana no tiene mas solucion que la que habrá de darla

la fuerza de las armas en los campos de batalla; pero queremos demostrar que esa solución no puede ser otra que el triunfo definitivo de la revolución, que reconoce aquí las mismas causas, sigue la misma marcha y se acerca al mismo próximo, inevitable, fatal desenlace que tuvo la guerra de la independencia en las que fueron colonias españolas en América.

Los periódicos españoles de diversos matices pregonan cada día que el honor y el interés de España exigen que se sofoque á toda costa la insurrección de Cuba: que se envíen ejércitos numerosos, y se agote el erario, y se lleve la guerra hasta los límites de la ferocidad. La misma opinión se formuló, iguales clamores se levantaron, idéntica conducta se observó hace medio siglo:—España quedó empobrecida, flaca, exhausta y las colonias se emanciparon.

No hay fuerza, no hay voluntad, no hay recursos bastantes en la nación mas poderosa del mundo para imponer violentamente su dominio á un pueblo ya viril y firmemente resuelto á conquistar y mantener su independencia. Tiempo ha tenido España de aprenderlo en la sangrienta historia de sus antiguas posesiones americanas. El tesón, la constancia, la obstinación, las fuerzas que España sacó de su flaqueza para perpetuar su dominación en América se estrellaron en la inquebrantable resistencia, en la indomable energía de los americanos. ¿Serémos acaso, los de Cuba ménos constantes, ménos enérgicos que nuestros hermanos del Continente? No:—nuestra situación actual es idéntica á la de aquellos pueblos á principios del siglo.

Oigamos al autor de la memoria.

“El odio que los americanos profesan á todo español es tan sincero que lo maman con la leche. He visto hijos que han delatado á sus padres: he visto á un criollo presentarse delante de la Junta representativa del pueblo, pidiendo permiso para matar á su padre por ser español. He visto á hijos hacer centinela al rededor del cadalso donde su padre, español, era ejecutado. Los españoles están en aquellos países mal mirados, oprimidos, humillados. Es tal el estado de abyección en que se nos tiene entre los insurjentes, que no se permite que un español monte á caballo,

(en un país donde todos lo tienen, hasta los negros): no se permite que un español se case sin permiso del Gobierno:—en el Paraguay no se permite que un español se case con mujer blanca, sino con mulata ó negra. No se permite que ningún español tenga armas, ni siquiera un sable para su defensa. Los negros de Africa, los mulatos y los zambos gozan en aquel país el derecho de ciudadanía que se niega á los españoles: yo he visto á un negro esclavo, estando de centinela, dar una bofetada á un español respetable para que se quitara el sombrero y gritase: *viva la patria y mueran los sarracenos*, que es el apodo que se da á los españoles. Yo he visto, en un día de alboroto, al mismo Intendente de policía correr por las calles gritando: *perros gordos, el que no se encierre dentro de su casa, pena de la vida, y al palo con él*.

“ El odio á la dominación española es la única circunstancia que entre los americanos se necesita para ser buen patriota: esta pasa entre ellos por la virtud mas sublime. El que mas se distingue en el odio y en las crueldades contra los españoles, ese es el mejor general; el que sabe mejor armar un lazo y preparar una intriga para llevar un español al patíbulo y apoderarse de sus bienes, ese es el mejor jurisconsulto, el mejor economista, el mas profundo ministro de estado. El que despues de una batalla sabe mutilar á los españoles que ha hecho prisioneros; el que inventa chalecos de cuero remojado, y sabe amarrar á un español, poniéndole al sol hasta que el cuero se encoje y le aloja; el que sabe colgarlo por un pié de un árbol hasta que la sangre le hace saltar los ojos; el que sabe suspenderle de cuatro estacas por las cuatro extremidades con correas de cuero mojado, hasta que estas se encojen, y, dislocándole las coyunturas, le hacen morir entre crueles congojas y agonías, ese es el hombre de mas talento, ese es el ciudadano mas virtuoso.

“ Seria nunca acabar si yo quisiera hacer el bosquejo de las atrocidades que se cometen en América contra los españoles. Ah! si yo pudiera inspirar á todos mis compatriotas el entusiasmo que siento al acordarme de las escenas sangrientas y abominables de que he sido testigo y víctima, no habria un español que no corriera á la venganza, no habria uno que no ansiase tomar parte en

una expedicion contra aquellos crueles verdugos para vengar los ultrajes hechos al nombre español.

“..... Los españoles les llaman hermanos; y ellos nos apellidan verdugos. Las naciones mas cultas de la ilustrada Europa imitan nuestra Constitucion y adoptan nuestras leyes como un modelo de sabiduria; y los americanos nos llaman *raza de bestias*. La España camina hacia su felicidad á pasos de gigante; y la América vuelve á los siglos de barbarie con su prematura emancipacion, teniendo la libertad en los labios y grillos en los piés. ¿Qué es lo que pretende pues, esa desgraciada América? Ser del todo *independiente de España*.”

Es de creerse, en honor de la humanidad, que está con colores subidísimos recargado el cuadro de las persecuciones que sufrían los españoles en la América meridional en la época á que el autor de la memoria se refiere; pero aún apagando mucho esos colores, la verdad histórica nos obliga á confesar que el ánimo se constrieta y el corazon se subleva al recordar las escenas de barbarie y ferocidad que imprimieron un carácter horrible á aquellas guerras. Si solamente los americanos hubieran desplegado la inhumanidad de que, con razon, se les acusa, todavía así soportarian los españoles la vergüenza y la ignominia de haberlo merecido;—; cuáles no serian los agravios, cuántas las torturas, de qué tamaño el odio sembrado en el corazon de aquellas gentes, de suyo mansas y dulces, para que así se convirtieran en fieras implacables! pero el juicio imparcial y severo de la Historia tiene ya consignado para siempre que ese espantoso camino de sangre y fuego y horrores y crueldades lo abrieron los mismos españoles: sus actos de rabioso salvajismo provocaron las represalias: la célebre proclama del Libertador Bolívar declarando la guerra á muerte, explica, si no escusa, su conducta; la horrible memoria de Bóves, Morales, Antofañanzas, y la gran mayoría de los gefes españoles será imperecedera en América.

El odio que los americanos del Continente sentian contra los españoles ¿arde en nosotros, por ventura, con menos energía? Como ellos, tambien lo mamamos con la leche; como el que á ellos les alentó será el nuestro inextinguible. Respecto á nuestra

independencia, no habrá, no hay, no hubo transaccion posible que no la reconociera, en lo absoluto, por base primordial; acerca de la lucha, pudimos abrigar la esperanza de que asumiera su carácter habitual en los pueblos civilizados cuando llegara á ese doloroso extremo; pero esa esperanza se ha desvanecido por completo; los españoles quieren la guerra á muerte, sin tregua ni cuartel; tan convencidos están de que donde quiera que existe un cubano allí está un partidario de la República independiente, que no aciertan á concebir otro medio de vencer; vano intento! sino el de llevar á todas partes la destruccion y la muerte. No es la sangre que corre en los combates la que atiza el fuego de nuestro odio; no: esa se debe en holocausto á la regeneracion, á la independencia, á la felicidad de Cuba; pero la sangre que se ha derramado á torrentes en los patibulos, en las calles, en las plazas, en los teatros, en las casas;—las profanaciones de todo género que se cometen en los cadáveres de las indefensas víctimas; el bárbaro sacrificio de ancianos, mugeres y niños; el robo, el saqueo, las deprecaciones de toda clase; oh! una vida eterna no seria bastante para olvidarlo y perdonarlo!

Conste pues, que como los americanos del Continente, sentimos hácia España odio inestinguible; que nuestra decision es, como la de ellos, irrevocable; que Cuba pretende *ser del todo independiente de España*.

¿ Y tenemos *el derecho* de conquistar nuestra independencia? Oigamos de nuevo al autor de la memoria.

“..... Pero por desgracia, es inútil y perdido el tiempo que se gaste en examinar la cuestion de la independencia de las colonias españoles, por lo que respecta á *su derecho*. Los derechos son ya inútiles cuando la decision de este punto depende de las armas, á que se ha recurrido por ambas partes.

“ Lo que nos importa es examinar *el hecho* en sí mismo; y por consiguiente ver si es posible reducir las Américas insurreccionadas á la unidad de gobierno que los españoles apetecemos.

“ Yo expondré mis ideas con arreglo al conocimiento que tengo en la materia, con la noble franqueza que debe animar á un hombre sincero, y con aquella entereza varonil que es necesaria

para decir la verdad, por mas que ella sea dolorosa y amarga. El bien de mi patria adorada, su prosperidad y su grandeza, y al mismo tiempo el decoro y la gloria del trono español podrán mas en mi corazon que toda otra consideracion humana. La salud de mi patria es mi suprema ley: bien acreditado lo tengo, y no permita el cielo que yo desmienta jamas mis principios.

“ Hace pocos días que he llegado á mi amada patria, y apenas he hecho otra cosa que repasar y leer cuanto se ha publicado con relacion á las disensiones de nuestras colonias. No he podido menos de llorar al ver el extravío de la opinion pública en España, respecto de este asunto de tanta importancia, y de consecuencias tan trascendentales. Ni los particulares, ni el Gobierno, ni las Córtes parece que están enterados á fondo del asunto; y de aquí procede el que hasta ahora no se haya tomado ninguna de las medidas que sean necesarias para la deseada pacificacion de aquellos paises, de la cual resulte beneficio á ambas partes. Los particulares que escriben de las Américas, ó son españoles ó criollos. Si son criollos, todas sus noticias, sus reflexiones, sus proyectos son otros tantos tiros directos ó indirectos á favor de la causa de su pais; *porque, desengañémonos de una vez, los criollos son todos americanos en toda la extension de la palabra.*

“ Los generales que se han enviado á hacer la guerra, todos la han hecho con valor y lealtad, se han sacrificado por la gloria de su patria, han derramado su sangre en mil combates; pero estos mismos generales no han podido menos que perder gente, y pedir mas gente á España. Ellos han hecho campañas memorables: algunos de ellos se han immortalizado como Hernan Cortes y Pizarro; pero obligados á obedecer al gobierno, no han podido ver los obgetos sino por un lado; ellos no han podido hacer mas que pelear con el enemigo que han tenido delante, y han visto la revolucion americana con la luz de la pólvora; pero la luz de la pólvora no es la luz de la política ni de la filosofía. Escriben los españoles que viven en América pidiendo que se les mande mil hombres, dos mil hombres, cinco mil soldados, un navío, dos navios: esto es un delirio: esto no es mas que echar infantas al Minotauro; esto es querer apagar el Vesubio con un vaso de agua

de rosas; esto es arruinar la España, engañarse dolorosamente y engañar por ignorancia ó por malicia á nuestro gobierno. ¿ De qué han servido 60,000 hombres remitidos á nuestras Américas? ¿ dónde están esos ilustres mártires? Ah! ellos se sumieron en sepuleros iguales á los que encierran en nuestra península las cenizas de los invasores franceses.

“..... Se envían tropas á sujetar un punto de los insurreccionados, y se levantan otros á muchas leguas de distancia: se envían expediciones, y una parte se pierde en la mar, otra dentro de los mismos puertos: *la tropa es sacrificada si quiere ser lo, ó se pasa á los disidentes, como sucedió con la fragata “Trinidad,” que se entregó á Buenos Aires, y el batallón de Numancia que desde Lima se pasó á las banderas de San Martín.*

“ Nuestro gobierno les concede indultos, les ofrece amnistías, y ningún efecto producen; se adoptan medidas de rigor, y con él crece su resistencia y tenacidad. Se decreta pena de muerte contra los extranjeros que se hallen en sus filas, y llegan á la América extranjeros militares á centenares, y al mismo tiempo reciben los disidentes de mano de los extranjeros toda clase de armamento, artillería, pertrechos, municiones y hasta los vestuarios, hechos por manos extranjeras. Nuestro gobierno envía sus diputados á tratar de la pacificación, y los diputados no son admitidos. *Se les ofrece la Constitución, y ellos miran esta noble oferta como si fuera un insulto.*

“..... La gran cuestión, el problema importante que hay que resolver en este asunto, es el siguiente: ¿ Tiene la España la robustez y los medios necesarios para sujetar las Américas y conservarlas después de subyugadas.

“ La solución de este importante problema no es de la atribución de ningún particular, ni aun de las Cortes, sino peculiar del gobierno. Mas á pesar de que al gobierno le toca exclusivamente pesar con una balanza muy fina y sensible la fuerza de la oposición en las colonias y los medios de represión de que puede disponer la Península, creo que á ningún español se le oculta el estado de la Nación en la actualidad, y me parece que cada particular está tan dispuesto como el mismo gobierno á dar una respaes-

ta decisiva á la cuestion propuesta. . . . Si la España puede sujetar las América despues de subyugadas, DEBE HACERLO por decoro, por decoro y honor nacional, por su utilidad propia, por orgullo, si se quiere; y aun cuando otros derechos no tuviera, por vengar los ultrajes hechos al nombre español. Yo mismo seria el primero que me colocaria entre las filas de nuestros batallones expedicionarios para vengar las injurias de mi patria, y las mias personales. Pero, repito mi dolorosa pregunta: ¿ tiene la España suficiente fuerza para sujetar las Américas ?

“ ; Dejemos que el pecho de todo español verdadero exhale un profundo suspiro al pronunciar el funesto NO! El corazon me lora lágrimas de sangre al decir que la América es un coloso que camina con firmeza hacia su independendencia, sin que haya sobre la tierra poder humano capaz de contenerle en su marcha tan impetuosa como irresistible. La América será *esclava* por muchos años, pero será *independiente* toda ella dentro de poco tiempo.

“ Pueden muchos españoles hourados y puede el mismo gobierno creer que la España tiene fuerza suficiente para reprimir la insurreccion de las Américas; y sin embargo se equivocarán con la mas buena fé del mundo y perderán las Américas despues de extenuar la España, siempre que el gobierno crea que puede sujetarlas con una expedicion de ocho mil hombres, ó de diez, ó de veinte ó de veinte y cinco mil. Aun cuando estas expediciones se pudieran realizar sin dejar aniquilada la Nacion, no seria político el hacerlo.

“ Es un error muy grande creer que aquellos naturales son enemigos despreciables. . . . Son tropas de una sangre fria y de un valor comparable á las mejores de Europa. No tienen táctica ni instruccion; pero tienen una serenidad imperturbable y no temen la muerte; así es que nuestras expediciones harian progreso al principio, pero sus mismas victorias acabarian de aniquilarlas. A los criollos les interesa poco el ganar ó perder una batalla, el adelantar ó ceder terreno; lo que les importa es saber qué número de españoles queda en el campo de batalla: esta es su victoria. Los insurjentes reponen sus pérdidas en breves dias, como que están en su pais; pero las bajas de nuestros ejércitos tienen que repo-

nerse desde la Península. De modo que nuestras expediciones para conseguir ventajas tienen que vencer, y estas mismas victorias son su ruina. No nos dejemos alucinar con el amor propio nacional: no nos deslumbre el deseo de la venganza. Para sofocar la insurrección de nuestras colonias, es preciso que tengamos un puente de navíos desde la Península hasta cada uno de los puntos insurreccionados, y que haya constantemente ejércitos en América, ejércitos en el camino y ejércitos prontos en la Península, lo cual es absolutamente impracticable. Era preciso una coalición de toda la Europa en nuestro favor; y con todo eso la América, con el transcurso del tiempo, llegaría á ser independiente. Aun cuando fuera posible acabar con todos los americanos, no lo sería acabar con la insurrección; porque los hijos de los nuevos pobladores han de amar aquel suelo, y pelearían contra sus mismos padres por hacerlo independiente y libertarse ellos mismos de toda opresión.

“ En esta situación, en esta imposibilidad física y moral ¿ qué medida se deberá tomar que sea capaz de producir una paz sólida, de la cual resulten ventajas á la España y á las Américas? Digámoslo una vez con entereza, aunque con dolor: no hay otra medida sino *el reconocimiento de la independencia*. Tenemos valor para decir mas: *es inevitable y necesario un pronto reconocimiento*. No debemos mirar nuestros derechos cuando nos vemos en la imposibilidad de hacerlos reconocer, ni el sentimiento de nuestra dignidad ofendida, ni el dolor que causa una pérdida inmensa: todo esto tiene un principio de honor y de justicia, mas por desgracia nada de esto remedia el mal, y de lo que se trata es de buscar el remedio.

“ De poco sirve el decir que no son todavía dignos ni capaces de gobernarse solos, ni ponderar que es una crueldad abandonarlos á su propia ferocidad, ni esperar que, cansados de sus divisiones intestinas, nos han de venir á suplicar la reunion. ¿ De qué sirve nuestra prudencia, nuestra esperanza, ni nuestra inútil compasión? Si nos negamos á reconocer su emancipación por esos motivos, *ellos se emancipan*, y al mismo tiempo que se burlan

de nuestra gravedad y nuestra prudencia inútil, nos privan de las muchas ventajas que el reconocimiento nos debe producir.

“ Uno de los principales motivos que deben impulsar á nuestras Córtes y á nuestro gobierno para este reconocimiento pronto, es la consideracion de que si la España no lo hace, *hay otras potencias que están para hacerlo*; y si esto se verifica, como es mas que probable, ellas lograrán los privilegios y las ventajas que en este momento podría lograr la España. Los Estados-Unidos son los primeros que van á reconocer la independencia de las Américas; si no lo han hecho ya abiertamente, habrá sido tal vez porque aun no se les habian entregado nuestras Floridas: terminada esta negociacion, poco miramiento tienen que guardar con la España, despues que hayan tomado posesion de ellas. En el instante que el Congreso de los Estados-Unidos pronuncie un *fiat*, debemos de renunciar á toda esperanza de obtener en ningun tiempo la menor de las ventajas que una pronta transaccion puede aun ofrecernos. Llegado que sea ese momento fatal y próximo ya no tendrénos que luchar solamente con los insurjentes; estos serán aliados de los Norteamericanos, los cuales con todo su poder y con sus terribles fuerzas navales serán nuestros enemigos.

“ . . . Los disidentes de América apreciarán mucho mas el reconocimiento de la metrópoli que el de cualquiera otra potencia, sea cual fuere. Por mas que nos aborrecen en el estado presente de guerra, ellos están dispuestos á hacer cualquier sacrificio, por costoso que sea, en recompensa de *la independencia reconocida*. Esta debe ser la base de cualquier negociacion que se quiera intentar con el deseo sincero de una paz provechosa. Todas las proposiciones que se les hagan son inútiles, y serán rechazadas, siempre que la proposicion preliminar de los tratados no sea *la independencia absoluta*. Esta condicion, *sine qua non*, abrirá las puertas á un sin número de ventajas, de las cuales nos veremos indefectiblemente privados por nuestra renuencia.

“ . . . ¿ Qué debe hacer pues, nuestro gobierno en las actuales circunstancias? Hacerse entera y sinceramente español: debe enjugar las lágrimas y dejar de mirar las Américas con ojos pe-

sarosos, y no andar avanzando y retrogradando en el camino que se debe tomar. Obrar así es dejarse arrastrar por los acontecimientos, y no dirigirlos, que es lo que corresponde al gefe de un Estado.

“ El plan de conservar de nuestras Américas lo que se pueda, *miétras podamos conservarlo*, es sumamente peligroso: esto es obrar con la imprevisión de un niño: esto es cerrar los ojos por no querer fijarlos en un porvenir funesto; esto es dejar que poco á poco lo hayamos perdido todo sin remedio, y que llegue el día fatal en que nada nos haya quedado y en que *nada se nos conceda*. Lo que se ha de perder tarde y sin gloria, *sepamos perderlo pronto y con honor y utilidad*.

“ Concediéndoles la independéncia, estoy seguro, (porque lo he oído de boca de los principales mandatarios) que están dispuestos á concedernos *tal vez mas de lo que nosotros podemos esperar*. Privilegios á nuestro comercio y marina mercante: libertad de derechos á los productos de nuestro país: una indemnización ó resarcimiento por las propiedades que allá han sido confiscadas á los españoles residentes en la Península; y aún puedo asegurar que están dispuestos á concedernos un subsidio pecuniario por el número de años que se estipule entre ambas partes. Todas estas ventajas y otras muchas podríamos conseguir concediéndoles la emancipación que solicitan, pero concediéndosela inmediatamente; porque, repito que si perdemos el tiempo, cuando pretendamos hacerlo, será ya tarde. La España tiene mas necesidad del comercio de la América que de su soberanía. Esta última para nadie es buena en el día, en vez de que su comercio es bueno para todos.

“ . . . La emancipación *concedida* por la metrópoli nos dará mucho provecho; pero la emancipación *adquirida* á punta de espada nos acabará de arruinar. Cedamos de grado lo que no podemos retener por fuerza: hagamos de la necesidad virtud y escojemos *del mal el ménos*. Las provincias de Holanda quisieron ser independientes de España, y lo fueron á pesar de nuestro poder y de nuestros esfuerzos. Las provincias de América lo quie-

ren ser, *y lo serán infaliblemente*. Todavía estamos en tiempo de sacar un partido ventajoso de las circunstancias.

“No se diga que no hay en aquellos países con quien tratar porque sus gobiernos son inestables. En el momento que se envían á la América comisionados hábiles y que reúnan el patriotismo mas acendrado á los conocimientos que deben tener de los países donde van á negociar y del carácter de los sujetos con quienes han de conferenciar, estoy cierto que, como lleven la concesion de la independenciam, en el mismo instante se reunirán las diversas provincias insurreccionadas en un Congreso general, con el cual se podría tratar ampliamente. Pero se dirá: ¿quién sale garante del cumplimiento de los tratados? A esto respondo que si los tratados son, como deben ser, convenientes y útiles á ambas partes, esta misma utilidad y conveniencia recíproca es la garantía mas firme de su duracion. La paz, la renovacion de la amistad y relaciones interrumpidas, la seguridad en el giro mercantil marítimo y terrestre, y el desco de descansar de una lucha tan larga y encarnizada, son otras tantas fianzas sólidas de la conservacion de los tratados. Por otra parte, los americanos mirarán como punto de honor el no faltar á la buena fé en el primer paso que van á dar en la carrera política, como cuerpo de Nación emancipada, independiente y soberana. A ellos les interesa mas que á nosotros ganar y conservar el crédito que necesitan para consolidarse. Y si estas razones no son bastantes, puede interponerse el respeto y la mediacion de alguna potencia que, teniendo interes en la observancia de los tratados, no carezca de fuerzas maritimas que aseguren su estabilidad.

“Si nos detenemos á contemplar el costoso sacrificio que vamos á hacer, y no nos apresuramos á entablar con prontitud las convenientes negociaciones, el tiempo, que acelera y precipita los acontecimientos, y que vuela, sin detenerse á consultar nuestra opinion indeterminada é indecisa, el tiempo, que calcula por separado los sucesos, sin conceder á nadie el privilegio de dirijirlos, nos robará la ocasion, y burlándose de nuestra indeliberacion pueril nos condenará á la imposibilidad de alcanzarla despues.

“Todos conocen la imposibilidad de someter las Américas:

todos conocen y confiesan que las perderemos; y á pesar de eso muchos se resienten al oír que hagamos la paz, cediendo de nuestros derechos, porque no hay duda *que la cesion es grande y la amputacion en extremo dolorosa*. Pero si cada uno en el silencio de su corazon, ó en sus confianzas amistosas confiesa la situacion crítica en que nos hallamos, no será un verdadero patriota si se contenta con derramar lágrimas inútiles en secreto; lo que debe hacer es armarse de una entereza varonil, para no temer al indicar con valentía y resolucion la única medida que puede proporcionarnos algun bien. ¿Se podrá juzgar que es poco amor á la patria el desengañarla del peligro en que se halla? ¡Ah, no! Perezca yo mil veces antes que me intimide ninguna consideracion de interes personal, para dejar de decir lo que creo que es para bien de mi país. Es muy fácil captarse la benevolencia de la muchedumbre y ser favorecido del aura popular, gritando inconsideradamente: “*guerra á sangre y fuego contra los americanos.*” No busco ni deseo los aplausos, ni la aprobacion del público; busco únicamente el bien de mi patria; y sobre su sagrado altar sacrificaré con gusto hasta mi propia opinion (si ella desagrada á algunos), así como he sacrificado los siete años mas floridos de mi edad en las aras de la libertad de España, mi reposo, mis intereses mas amados, y hasta mi misma vida, sin atender á la opinion del partido que predominó en 1814.

“Basta una sola idea bien grabada en una nacion para decidir de su suerte. No hay necesidad de remontarse á la antigüedad venerable; en los tiempos modernos tenemos pruebas de esta verdad: un grito de emancipacion separó la mitad de la Alemania y de la Europa de la dependencia y sumision á la Corte Romana, sin que hayan bastado torrentes de sangre á apagar el incendio de la rebelion. Un grito general de independencia separó las colonias inglesas de su metrópoli, sin que bastasen á subyugarlas, ni los innumerables ejércitos ingleses y alemanes que inundaron su territorio é incendiaron sus ciudades, ni todo el poder de la marina británica. Una idea bien arraigada de odio á toda dominacion extranjera hizo inmortal la España, y esta disposicion general la libró de ser presa del hombre fuerte que

dominó desde el Kremlin de Moscow hasta el palacio real de Lisboa. Esta disposicion general ha cambiado en España el año pasado todo el sistema político de la administracion anterior, y para volver á reprimir esta disposicion general es preciso hacer pedazos á los españoles. Yo he visto por mis propios ojos que la disposicion general de todo americano es á favor de la independencia. Yo engañaría á mi amada patria si se lo ocultase: yo puedo evitarla muchos daños, exponiéndola franca y sinceramente la verdad; y puedo hacerla mucho bien teniendo ánimo para decirle: *El espíritu revolucionario en las Américas es el sentimiento universal de todos los que han nacido en aquel país.* Un secreto impulso lo guía; una resolucion constante lo fortalece; y la utilidad nacional lo identifica con la existencia misma del pueblo.

“Es un error muy grande, y al mismo tiempo muy perjudicial á nuestros intereses el creer que la revolucion americana es la obra de una docena de rebeldes, de un puñado de cabecillas y facciosos. La insurreccion americana es la obra de todo el pueblo americano; no nos engañemos con los gritos de fidelidad que llegan á nuestros oídos desde aquellos países: *los que los dan son españoles: los americanos callan, y cuando pueden, obran.* Pretender reprimir y extinguir la insurreccion destruyendo los gefes que la dirijen, es pretender aniquilar la hidra cortándole una cabeza; de su misma sangre brotan otras mil cabezas. Morelos, Belgrano, Artigas y otros muchos eran caudillos de la insurreccion; ya están muertos natural ó civilmente; pero de sus cenizas han renacido treinta caudillos, que han encendido y propagado mucho mas la llama. Bolivar, Itúrbide, Puyrredon, Sarratea, Albear, Valcárcel, San Martín, O’Higgins, La Madrid y otros pueden ser exterminados por un golpe favorable de nuestra suerte; pero no esperemos que su muerte tenga diversa influencia en el curso natural de la Revolucion, de la que tuvo en nuestra última guerra con Francia la pérdida sensible de la Romana, Carrera, Menacho, Maceda y otros de nuestros gefes mas acreditados.

“... Nosotros fuimos obstinados, y vencimos: los americanos tienen nuestro mismo carácter de obstinacion y de orgullo, y

tienen además *un foso de tres mil leguas de agua*, que les defiende mejor que á nosotros el Pirineo, y también la fiebre amarilla, que es el enemigo invencible de nuestras expediciones, por numerosas que ellas sean.

“ . . . La concesion de la independenciam es el único camino que nos queda para no quedarnos sin nada. Emancipadas nuestras colonias, veriamos restablecida la tranquilidad, cesaria de correr la sangre española y americana en los campos de batalla y en los patibulos, recobraría la humanidad sus derechos, se extinguiría ese rencor frenético con que nos aborrecemos unos á otros. Se notaría prontamente el aumento de nuestra poblacion, una vez restañado el flujo continuo de expediciones militares, de guardaciones y de emigracion diaria de nuestra península á ultramar desde el tiempo del descubrimiento del nuevo mundo. Seriamos mas industriosos y mas aplicados, así como lo fuimos antes de tener Américas. Reconcentrando nuestro poder en la Europa, seriamos mas fuertes, que extendiéndolo en climas mas remotos, y tan distantes entre sí. Nos daríamos españoles y americanos un ósculo de paz, nos acordaríamos que éramos verdaderamente hermanos, hijos de unos mismos padres; cesaria ese diluvio de crímenes, de asesinatos y de violencias de toda especie: resonaría en aquellos vastos países el grito dulce de: *viva la España generosa*, en vez de los abullidos de la venganza y los ecos horribos del rencor. Preverdríamos las infelicidades de todo género que aguardan á nuestros paisanos los españoles europeos en las provincias insurreccionadas, y de las cuales no pueden librarse con la fuga, ya por las relaciones del parentesco que les enlaza, por la dificultad de mudar su establecimiento, por la aclimatacion, hábitos y costumbres que han contraido con su permanencia en aquellos países, por los compromisos en que se ven envueltos, y por otras mil razones invencibles. . . . Veriamos nuestros vinos, nuestros aceites, nuestras sedas, nuestros lienços, nuestro papel, nuestros azogues y otros infinitos artículos de España ser apreciados en los mercados de América, sin tener competidores, por su excelencia propia y por la preferencia que les da en aquellos países la costumbre y el hábito hecho ya necesidad:

veríamos nuestros frutos y manufacturas trocadas por el añil, la grana, el cacao, la quina, la plata y el oro; artículos todos que, por medio de estipulaciones bien concebidas, adquirirían, con utilidad nuestra, en nuestros buques y en nuestros mercados españoles una baratura que no podrían tener en los de las demas naciones. Entonces podríamos tener en América aliados ricos y poderosos, corresponsales agradecidos y huéspedes cariñosos. Entonces derribando el idolo de la guerra, ofreceríamos sobre sus aras un agradable incienso al Dios del comercio; y la nacion española, despues de haber tenido la gloria de conquistar y civilizar un mundo entero, tendria tambien la de haberle dado la libertad y la independenciam.

“Basta lo dicho sobre esta materia lastimosa. El medio mejor de decir las cosas es dejar algo por decir; y por otra parte, yo respeto demasiado la prudencia y la sabiduria del Gobierno y de las Córtes, para creer que no han de ver lo que no me parece conveniente manifestar.—Madrid, 5 de Octubre de 1821.—MIGUEL CABRERA DE NEVARES.”

Estas fueron, en extracto las razones que un hombre de bien, patriota, ilustrado y filósofo consignó con pura sinceridad y varonil franqueza, descorriendo el tupido velo con que, á los ojos del Monarca, del gobierno y de la nacion entera, estaba oculta la verdad de las cosas de América. España se obstinó en no oír esa voz de la verdad, ni aquellos consejos de la prudencia: quiso reprimir á todo trance una revolucion irresistible, se empeñó en prolongar una lucha ruinosa, persistió desatentada en una empresa superior á sus fuerzas, desoyó la voz profética que la enseñaba el único medio de terminar la guerra con honra y con provecho, y vino, al cabo, á abandonarla cuando ya se vió aniquilada por sus esfuerzos desesperados y humillada por el convencimiento de su impotencia. Las colonias se emanciparon; y el pabellon español, odiado y abatido, vino á ocultar su vergüenza en este rincon del mundo, último resto de su antigua opulencia colonial.

El dolor extremado de la amputacion no le sirvió á España de leccion saludable para prevenir, en lo futuro, la extirpacion de

otros miembros. Trajo aquí la misma imprevisión, los mismos errores económicos y administrativos, el mismo egoísmo, la misma despótica arbitrariedad que motivaron su vergonzosa expulsión del Continente americano. Cuba también se cansó de tascar el freno: agotado el sufrimiento, inspirada en la conciencia de su virilidad y estimulada por el anhelo de su bien, que es la aspiración perpétua de los individuos y de los pueblos, se lanzó con paso firme por la senda sangrienta de la revolución, resuelta á no cejar hasta que quede afianzado en bases sólidas el hermoso edificio de su independencia.

De propósito no hemos querido, ni queremos decir una palabra acerca del *derecho* con que Cuba pretende romper los lazos de su misión que la ligaron á España. Nos parece que ese derecho es incontrovertible, y juzgamos además, como ya lo dijimos en otro lugar, que ha pasado la época de esas discusiones, y solo debemos ocuparnos del *hecho* en sí mismo, de ver "si es posible reducir la isla de Cuba á la unidad de Gobierno que los españoles apetecen."

Hoy, como á principios del siglo, en la insurrección cubana, como en la de las colonias continentales, el problema importante que hay que resolver es el mismo: "¿tiene España la robustez y los medios necesarios para sujetar la isla de Cuba y conservarla después de subyugada?" La respuesta no es dudosa: con tanta satisfacción como pena experimentaba todo español verdadero en 1821 al pronunciar el funesto NO, dilatamos nosotros los pulmones al formular esa rotunda negación. La fuerza de represión que tiene España no basta á contener el empuje irresistible de nuestra revolución. España puede hallar estímulo en su soberbia y en su codicia para prolongar la lucha; pero no puede evitar su definitivo vencimiento. No somos el robusto gigante que en 1821 la hacia crujir los huesos al estrecharla en sus brazos vigorosos; pero tenemos la fuerza suficiente para resistir á España, combatirla, cansarla y hacerla caer postrada y jadeante. Débil y estenuada está ella por sus perennes convulsiones intestinas, por la cruda guerra que se hacen sus partidos políticos innumerables, por los errores con que han venido empobreciéndola sus efíme-

ros gobiernos: sus cajas están exháustas: no hay dinero para trasportar y sostener en esta isla nuevos ejércitos: sus soldados son pocos para atender á los peligros que rodean por todas partes á la anómala situación actual, creada por la revolucion militar de Setiembre: los odios políticos tienen trabajada y dividida aquella sociedad, y viven y bullen entre las mismas filas del ejército: el gobierno del dia es transitorio, se siente débil y apenas basta su atencion para conjurar los planes y precaver los manejos de carlistas, isabelinos, republicanos y demócratas: teme al clero, desconfía del pueblo y no cuenta con el seguro apoyo del ejército.

En tan angustiadas circunstancias ¿qué elementos posee España para reprimir la insurreccion cubana, cada dia mas pujante y compacta? Treinta mil soldados veteranos envió contra nosotros y doble número de voluntarios tomó las armas para combatirnos: un año ha transcurrido escasamente desde que la revolucion lanzó en los campos de Yara su primer vajido, y hoy la vemos enseñoreada de las tres cuartas partes del territorio. El gobierno teme á los naturales, porque sabe que *todos son americanos en toda la estension de la palabra: que si algunos callan, solo esperan el momento de obrar: que el espíritu revolucionario en Cuba es el sentimiento universal de todos los que han nacido en este país; sabe que el odio á los españoles, que mamamos con la leche, se ha exacerbado con los constantes insultos que nos dirijen sus periódicos, con la confiscacion de los bienes y persecuciones de todo género que sufrimos, con las violencias de toda especie á que se entregan los peninsulares, con el robo, el saqueo y la destruccion por hierro y fuego de las propiedades, con los asesinatos que cometen en campos y poblados: el gobierno sabe que no hay transaccion posible entre ellos y nosotros: que los americanos del Continente no pronunciaban con mas aversion las frases *perros sarracenos y gachupines*, que nosotros las de *godos y gorriones*, que son los apodos que les damos.*

Es un error muy grande creer que somos enemigos despreciables: no tenemos táctica ni instruccion, es verdad; pero los mismos españoles se ven obligados á confesar que los cubanos no temen la muerte, y les causa admiracion la serenidad con que la

reciben. El ruido estridente del cañon no habia turbado nunca la paz de nuestros campos; y sin embargo, nuestros campesinos han sostenido la lucha, sin armas casi, contra veteranos perfectamente armados y equipados. Ellos están ya fogueados: cada dia mejoran su instruccion y su armamento, y dentro de poco, el ejército cubano podrá luchar sin desventaja con otro cualquiera del mundo.

Es otro error no ménos grave creer que la revolucion cubana es la obra de una docena de rebeldes, de un puñado de cabecillas, facciosos y bandidos. La insurreccion de Cuba es la obra de todo el pueblo cubano. Los gritos de fidelidad que llegan á España, salen de pechos españoles, deseosos de engañarse á sí mismos para perpetuar infames instituciones y medros miserables. La insurreccion cubana es, como la continental, una hidra de cien cabezas: de una que se cortara brotarían otras mil cabezas. La muerte de Céspedes, Quesada, Mármol ú otro cualquiera de nuestros gefes, sería indudablemente llorada por la patria, pero no influiría sensiblemente en la marcha de la revolucion: no faltarían gefes vivos para reemplazar á los muertos.

Prescindiendo de la imposibilidad en que España se encuentra de enviar nuevos ejércitos á Cuba, y suponiendo que su estado político y rentístico se lo permitiera, aun así no le sería posible sofocar la insurreccion. La experiencia ha demostrado que aquí tambien la tropa que quiere ser leal es sacrificada, y la que se cansa de sobrellevar fatigas y trabajos sin tener siquiera la mezquina recompensa de la paga militar, se pasa al enemigo con la misma facilidad con que á las banderas de San Martín se pasó desde Lima el batallon de Numancia. Y esos ejércitos encontrarían tambien aquí las balas de los patriotas, y la fiebre amarilla y los rigores del clima, que traerían la necesidad de reponer las bajas desde la Peninsula, y con ella la de echar un puente de navíos sobre un foso de dos mil leguas de agua, para tener ejércitos en Cuba, ejércitos en el camino y ejércitos en España, lo cual es absolutamente impracticable, mas impracticable hoy que en 1821. Aun cuando fuera posible acabar con todos los cubanos, la insurreccion subsistiría: renacería como el fenix: los

hijos de los nuevos pobladores serían cubanos y pelearían contra sus mismos padres, como peleamos nosotros, por hacer á Cuba independiente.

El gobierno español nos concedió indultos, nos ofreció amnistías, y ningún efecto produjeron: adoptó medidas de rigor y con el creció nuestra tenaz resistencia: decretó pena de muerte contra los extranjeros que se hallaren en nuestras filas, y los extranjeros vienen á centenares, y al mismo tiempo recibimos del extranjero armamento, artillería, pertrechos, municiones y vestuarios. Si el gobierno español nos enviara diputados á tratar de la pacificación bajo la base de la dependencia, no los admitiríamos: si nos ofreciera la constitución española, miraríamos esa oferta como un insulto: si nos brindara la autonomía, la rechazaríamos con desprecio.

Todos los españoles deben conocer la imposibilidad de sujetar á Cuba por fuerza de armas: todos conocen y confiesan que Cuba se pierde, y se pierde sin remedio; y á pesar de eso, muchos se resisten con la idea de hacer la paz. La paz con Cuba, según ellos, es inferir á España una herida profunda é incurable en su interés y en su honra. Los que así dicen no lo creen, ni son verdaderos patriotas españoles. Buscan la benevolencia de la muchedumbre y el aura popular, gritando inconsideradamente: *guerra á sangre y fuego á los cubanos*. Esos directores de la opinión pueden hoy recojer aplausos: mañana, cuando Cuba se haya perdido para España, *sin honra y sin provecho*, no sabrán dónde ocultar su vergüenza, ni qué cuentas rendir al pueblo á quien extraviaron.

Si España no puede subyugar la isla de Cuba, ni conservarla después de subyugada, aunque esto último fuera posible, ¿qué medida deberá tomar que garantice una paz sólida y ventajosa para ambos países? Oiganlo los españoles: *el reconocimiento de la independencia*. El medio es sin duda doloroso para ellos; pero necesario, inevitable. Si España se niega á reconocer nuestra independencia, nosotros nos emanciparemos de todos modos y la privaremos de todas las ventajas que acaso, y sin acaso, estaríamos dispuestos á concederla.

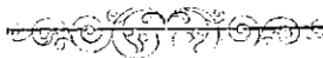
España no tiene un interes tan grande en la *posesion* territorial de Cuba como en su prosperidad. Cuba será siempre un país hospitalario y pródigo para los españoles industriuos, un gran mercado siempre ávido de los productos españoles; pero Cuba no quiere ser explotada por mas tiempo, ni sufrir la plaga de los empleados españoles: cuando no tengan estos donde venir á saciar su rapacidad, España logrará curarse del cáncer de la empleo-manía que la devora; las oficinas no seguirán quitando á la agricultura y á la industria los brazos de que hoy las privan por millares.

Cuando los males son inevitables, es cordura procurar con tiempo el remedio. Cuba se pierde para España: la idea de la independencia está bastante bien grabada en nuestra isla para decidir de su suerte: sepa España, una vez por lo menos, entender su interes: sepa perder pronto, y con honor y utilidad, lo que ha de perder tarde y sin gloria: sepa escojer del mal el menos, concediendo de grado á Cuba, con mutuo provecho, una emancipacion que ella sabrá adquirir con la punta de la espada.

Si España no se deja mover por su interes, si prefiere prolongar la lucha, atizar el odio con que hoy nos aborrecemos y que cesaría con la guerra, y hacer imposible toda reconciliacion, Cuba no por eso recojerá el guante, sino que buscará el reconocimiento de otras potencias que están dispuestas á concederlo. Nuestra causa es simpática al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos, de donde recibimos valiosos y repetidos auxilios: desde el momento en que el Congreso de la Gran República pronuncie un *fiat*, deberá España renunciar á toda esperanza de obtener ventajas y privilejios. ¿Tardará mucho ese momento? Hoy no hay, como en 1821, Floridas de que tomar posesion: hoy son mas terribles que en aquella época el poder y las fuerzas navales americanas: hoy existe un vínculo moral que nos asegura tan preciosa alianza: la abolicion de la esclavitud, decretada por nuestra jóven república, que supo así ilustrar con un acto de honor y de justicia su ingreso en la comunion de las naciones.

No hemos sido mas que el eco fiel de una voz de ultratumba, de la voz de un *español*, sincera y pura. Hemos empleado sus

argumentos sin variarlos casi ni en la forma, aspirando con ello á llevar el convencimiento, sin sombra de sospecha, al ánimo de los hombres pensadores y verdaderos patriotas de la Península. De allá nos vinieron, hace medio siglo, esos acentos que hoy le devolvemos con ocasion distinta, pero análoga, por no decir idéntica. Donde las causas son unas y permanentes son unos mismos los efectos: donde un mal ya conocido se desarrolla y crece, no debe perderse tiempo en atajar sus estragos, pidiendo remedios al empirismo, si la experiencia los tiene de antemano acreditados. Quizas consiga este trabajo prestar algun servicio á la humanidad, que tantos ultrajes recibe en esta guerra de Cuba con España; si no lo lograre, por desgracia, nos servirá, por lo menos, de consuelo el patriótico fin que lo inspiró.



Justo Zaragoza.



BIBLIOTECA NACIONAL



1000603311

